

WOLF MOTHER

Graham McNeill





LA HEREJÍA DE HORUS

MADRE LOBA

GRAHAM MCNEILL



Rodina e Iceman



Y



DRAMATIS PERSONAE

Personajes Imperiales de Molech

ALIVIA SUREKA	Refugiada en la *Iluminación de Molech*
VIVYEN	Hija de Alivia Sureka
LALIQUE	Niña capturada por el culto de la serpiente
MISKA	Niña capturada por el culto de la serpiente
OSCAR	Niño capturada por el culto de la serpiente
URIAS	Niño capturada por el culto de la serpiente
CHALLIS	Niño capturada por el culto de la serpiente
VESPER	Niña capturada por el culto de la serpiente
IVALEE	Niño capturada por el culto de la serpiente

Caballero gris

SEVERIAN	Caballero errante, antiguo Lobo Lunar

Personajes traidores

XISAN	Miembro del culto de la serpiente, *Vril-Yaal* de Molech
SHARGALI-SHI	Elegido del culto de la serpiente, *Vril-Yaal* de Molech
NAGA BLANCO	

Una cruel sonrisa se dibujó en los labios teñidos de morado de Xisan cuando la mujer tropezó. Ella se levantó mirándole aterrorizada.

-Por favor, mi hija, ella…

Xisan la golpeo en la cara con su puño

-No debes hablar.

Ella escupió sangre y elevó sus ojos de la cubierta, mirándole llena de odio.

Xisan rió. La había descubierto en una oscura sub estación de la nave '*Iluminación de Molech'*, gritando el nombre de la niña y frenética por el miedo.

Era una oportunidad demasiado buena como para ignorarla.

Había corrido hacia él, con los ojos llenos de lágrimas. Con la esperanza de encontrar ayuda.

Xisan se había encargado de los niños que se encontraba, pero con la nave de guerra sobrecargada de refugiados que huían de la victoria del Señor de la Guerra en Molech, encontrar a una sola persona era un milagro.

Él la había golpeado contra el suelo, la ató las muñecas con cuerda de embalar antes de administrarla una inyección con una dosis de un somnífero. No tanto como para dormirla completamente, pero sí lo suficiente como para obligarla a obedecer sus órdenes.

Ella rogó con balbuceos entrecortados, pero no por su propia vida, sino por la de su hija. Tal vez ella sabía, por ese lazo psíquico que tienen las madres, que había sido él quien se la había llevado.

Su miedo le excitaba. Le hacía sentirse poderoso.

Recordó a la niña. Vivyen, había dicho que se llamaba.

Los Dioses Serpiente preferían la inocencia en aquellos que les eran ofrecidos, pero en estos tiempos convulsos todas las ofrendas de carne eran bienvenidas.

Shargali-Shi estaría contento por tener a una madre y una hija para ofrecer a los Dioses Serpiente. Los sacrificios con vínculos de sangre entre ellos, eran un premio mayor que los extraños.

Hizo caso omiso de las protestas de la mujer mientras la arrastraba a través de los caminos ocultos de la nave. Abajo, hacia la oscuridad, a las ocultas cubiertas de mantenimiento. Hasta donde Shargali-Shi esperaba.

El Ophiolater escucho las silbantes voces de los Dioses Serpiente y el goteo de su veneno mientras difundían su sabiduría entre los Vril-Yaal. Sólo unos pocos de los elegidos habían escapado a bordo del '*Iluminación de Molech*' y utilizaban la oscuridad para reconstruir y renovar su fe.

La casa Devine había caído en Molech, pero suficientes Vril-Yaal habían logrado salir para llevar su fe a las estrella. Tales momentos de pruebas e incertidumbres eran necesarios, afirmo Shargali-Shi, pues sólo a través de estas pruebas recogerían la fuerza para emerger nuevamente.

El miedo de la mujer aumentaba según seguían profundizando entre crujidos en las oscuras sentinas del '*Iluminación de Molech*'. Conductos oxidados gorgoteaban y gemían, mientras exhalaban vapor y fétidos líquidos, ellos seguían adentrándose en las entrañas de la nave.

Algunos de los Vril-Yaal habían afirmado que se oían murmullos en la oscuridad o que sombras inhumanas se movían entre los silencios de las respiraciones. Xisan pensó que una vez había alcanzado a ver un gigante gris con ojos de un color azul escarcha. Nunca supo si eso había sido algo real o el resultado de los muchos alucinógenos que había ingerido.

De repente, la mujer se detuvo, con los ojos muy abiertos y frunciendo el ceño.

-No- dijo. **-No te atrevas…**

-No hables- dijo nuevamente Xisan.

Algo se estrelló tras él contra las placas de la cubierta. Algo con la masa y densidad suficiente como para doblar el metal de la misma.

Se dio la vuelta a tiempo para contemplar una gran forma llenar el pasillo. Breves destellos luminosos eran reflejados por una placa bruñida que emitía un zumbido

sub acústico que le hizo rechinar los dientes. Xisan olio a polvos cáusticos de esmerilar y a sudor aceitoso.

Oyó una respiración, un bramido similar al de un toro hipermusculado por hormonas.

-Tú no debes vivir- gruño el gigante.

Una hoja resplandeciente se estrelló contra el estómago de Xisan, perforando su columna vertebral. El gigante giro la espada, desgarrando las entrañas de Xisan. Sus intestinos se desparramaron, salpicando la cubierta como deshechos mortuorios.

Xisan cayó de rodillas, horrorizado por la tremenda pérdida de sangre que le indicaba el final de su existencia. La mujer se puso sobre él, de su rostro había desaparecido todo rasgo de miedo. Inexplicablemente, ella tenía una pistola apuntando a su cabeza, un arma de acero cromado con incrustaciones en forma de una serpiente blanca enrollada alrededor del cañón.

-No te me mueras todavía, maldito seas- dijo ella, cualquier rastro de sus anteriores balbuceos suplicantes había desaparecido de sus voz. Sus ojos eran claros, afilados como navajas.

Ella sostuvo erguido el cuerpo moribundo, el anodizado acero caliente del cañón apretando su cuello.

-¿Dónde está Vivyen?- exigió la mujer. **-¿Dónde está mi hija? Dímelo y morirás rápidamente.**

Xisan sonrió con la boca llena de sangre.

Alivia Sureka pateó el cadáver sobre la cubierta y volvió su arma hacia el acorazado marine espacial que lo había destripado. Ella apretó el gatillo cuando él dio un paso hacia adelante. No hizo ningún sonido, seguramente algo imposible para uno de su especie.

-¿Por qué demonios tenias que matarlo?- dijo ella, manteniendo la mira de la pistola centrada en su descubierta cabeza. Marine espacial o no, una bala le haría un agujero a través de su cráneo.

-De nada- dijo.

-Lo necesitaba vivo.

Él sonrió. **-¿Quieres decir que no eras una indefensa prisionera?**

Alivia suspiró y agitó el cañón de la pistola. **-Casi.**

-Parecía que lo estabas.

-Eso es lo que yo quería que pensara.

-¿Por qué?

-Él rapto a mi hija- dijo Alivia, su voz resquebrajada ante la idea del aquelarre al que el depredador pudiera haber arrojado a Vivyen. **-Me llevaba a su guarida.**

-Ah, entonces te dejaste capturar.

-Lo has captado a la primera- dijo Alivia cuando el guerrero se inclinó para limpiar su espada en la ropa del hombre muerto. Un gladius de empuñadura dorada, realizado por manos transhumanas, parecía un arma pequeña para alguien tan poderoso. Alivia había visto un montón de marines espaciales en el curso de su existencia, pero su escala inhumana nunca había dejado de repugnarla.

De todas Sus creaciones, ellos eran quienes menos la gustaban.

Este tenía barba, con un cuero cabelludo con un pelo castaño muy corto. Su piel era como cuero desgastado y tenía grandes rastros de combates recientes. Tatuajes oscuros de hojas curvas y gotas de sangre decoraban sus mejillas. Marcas de pandillas, serpenteando alrededor de sus ojos y la frente. Indistinto en la sombra, pero escalofriantemente familiar.

Llevaba una pistola bólter de un color apagado bloqueada magnéticamente sobre su muslo y atada al lado opuesto portaba una espada sierra y un arnés de granadas. Alivia vio tres de ellas colocadas en él.

-Una interesante arma la que llevas- dijo, irguiéndose en toda su estatura y envainando su gladius en una vaina de color azul cobalto que llevaba en su cinturón.

-Yo podría decir lo mismo- respondió Alivia, sintiendo involuntariamente el poder unido a la hoja. **-Esa no es un arma reglamentaría ordinaria. Se nota que ha derramado sangre poderosa.**

-Y esa tampoco es un arma ordinaria.

-Es una 'Serpenta Ferlach'- le informo Alivia.

Él marine espacial asintió. **-Es bonita.**

-Hecha a mano por la propia Señora, según mis precisas especificaciones.

-Improbable.

-¿Cómo es eso?- pregunto Alivia.

-Yo encendí el fuego que quemo su forja de armas.

Alivia aumento la presión sobre el gatillo.

-¿Quién eres tú?- pregunto. **-¿Y por qué hay un Marine Espacial a bordo de esta nave?**

-Soy Severian- dijo con una sonrisa salvaje, las cuchillas tatuadas se retorcieron en su nudosa piel. Y Alivia finalmente recordó donde había visto antes esas marcas de pandillas, la última vez que realmente había temido por su vida.

-Cthonia…- dijo. **-Eres un Hijo de Horus.**

Y Alivia apretó el gatillo.

La habitación estaba helada, había líquidos goteando de ganchos oxidados que colgaban del techo. La humedad y la corrosión embadurnaba sus paredes, con floraciones de moho coagulado de color verde amarillento.

Vivyen había pensado que el lugar que le había correspondido a su familia, debajo de la salida de aire en la radial de estribor era muy desagradable, pero este lugar era realmente horrible. Se sentó contra la pared frente a la puerta de barrotes apretando sus rodillas recogidas. Temblaba, estaba asustada y su aliento se helaba nada más salir de sus azulados labios.

Contándola a ella, había siete desconcertados niños encerrados en la sala, que iban desde Ivalee y Oskar, con once, a Urías, que dijo que tenía diecisiete años. Vivyen

pensó que probablemente sólo tuviera catorce años, pero le parecía que a él le gustaba ser el mayor, por eso no discutió.

Hace un tiempo había habido diez niños, pero luego vinieron dos mujeres, una de ellas con los ojos quemados, otra con los labios teñidos de morado y se los llevaron. Vivyen quería preguntar para qué querían a los niños, pero ellas nunca regresaron. Sólo podía adivinar y todas esas conjeturas la habían hecho querer cerrar los ojos y llorar.

Los gemelos, Challis y Vesper, estaban llorando y recitando oraciones al Dios Emperador desde que llegaron. Urías paseaba arriba y abajo, agitando los brazos para mantener el calor. Iba murmurando algo en voz baja, pero Vivyen no podía oír lo que decía. Algo furioso, probablemente. Al igual que el misionero que había sido nombrado después, Urías siempre estaba enojado.

Vivyen extrañaba a su papá y a Miska. Extrañaba a Alivia. Y a pesar de que no eran de la familia, echaba de menos a Noama y Kjell. Se habían mantenido con vida en el camino de Larsa a Lupercalia y estaba de acuerdo con Alivia, se habían comportado mejor que muchas familias de verdad.

Cuando el transbordador orbital dejó Molech sin Alivia, Vivyen lloro silenciosamente, era su madre, en todos los sentidos menos el biológico, cuando volvió con ellos, se sintió más feliz de lo que nunca recordaba haber estado. Alivia había dicho que las cosas saldrían bien y por un tiempo así fue.

Hasta que el hombre de los labios morados se había llevado a Vivyen.

Oskar estaba acurrucado junto a ella, con los ojos retorciéndose bajo los párpados. Vivyen le tendió la mano. Oskar era más joven que ella, lo cual le convertía prácticamente en un bebé a sus terrenales doce años.

-¿Tiene otra pesadilla?- pregunto Lalique, mientras apoyaba la cabeza en el otro hombro de Vivyen.

-Sí, creo que sí- respondió Vivyen.

El aliento de Lalique calentaba agradablemente el cuello de Vivyen. Era el turno de Vivyen de estar en el medio y odiaba lo feliz que se sentía porqué Oskar aún durmiera. Tan pronto como se despertara sería el turno de Lalique de disfrutar el escaso calor entre ellos.

-Espero que se despierte pronto- dijo Lalique. **-Tengo frío.**

Vivyen suspiró, deseando tener el talento de Miska para anteponer su propia comodidad. **-No te preocupes, sé cómo moverlo sin que se despierte.**

-¿Puedes hacer eso?

-Mi hermana siempre se queda dormida encima de mí- explico Vivyen, alejando ligeramente a Oskar y usando su mano libre para mantenerlo en posición vertical. Lalique se deslizó agradecida en el medio cuando intercambiaron las posiciones.

-Eres la mejor, Vivyen- dijo Lalique con una frágil sonrisa. Su amiga, si es que podía llamar así a alguien que acababa de conocer en el compartimiento de la carne de un refrigerador, era la hija de un soplador de vidrio que una vez había elaborado fantásticas colecciones de algodón de azúcar para las casas nobles de Molech. Ella le había contado que varias de sus creaciones tenían un lugar de honor en las torres de casa Devine.

A juzgar por sus ropas, su padre había sido rico, pero Vivyen adivino que esas riquezas habían sido utilizadas para comprar su pasaje en el '*Iluminación de Molech'.* Todo lo que hubieran sido antes había quedado atrás, ahora Lalique estaba sola y asustada, al igual que el resto de ellos.

-Me gustaría que se callaran- dijo Lalique, lanzando una mirada venenosa hacia los gemelos que seguían rezando. **-Yo deje atrás esas oraciones cuando tenía siete años.**

Vivyen se encogió de hombros. **-Me gustan-** dijo ella. **-Es el único consuelo que nos han dejado.**

-¿Qué pasa con el libro que te vi mirando?- dijo Lalique. **-Si es un libro de cuentos, ¿tal vez podrías contarnos uno?**

Vivyen sintió una punzada de protección hacia el libro que llevaba escondido en el interior de su vestido. Se lo había dado Alivia y le había dicho que era un libro muy especial. No era nuevo, ni siquiera valioso, pero era suyo. Las historias estaban escritas en una lengua muerta, pero eso no importaba. Vivyen los conocía todos de memoria y podía recitar cualquiera de ellos a voluntad.

La idea de compartir le pareció peligrosa hasta que se dio cuenta de que quería leer una historia. ¿O era que el libro, el que quería ser leído? Esas historias siempre la

habían ayudado a sentirse menos asustada y si la compartiera con los demás, la haría sentirse mejor. Eso es lo que haría.

-¿Alguien quiere escuchar una historia?- preguntó.

Urías la fulmino con la mirada. **-¿No crees que tenemos los suficientes quebraderos de cabeza sin escuchar tus historias para bebes?**

-Cállate Urías- dijo Lalique. **-¿Qué otra cosa podemos hacer?**

-Buscar una salida- dijo el chico a través de sus dientes al descubierto.

Lalique señaló la puerta. **-Ahí está la salida. ¿Crees que podrás salir a través de ella en un plazo razonable?**

-Me gustaría escuchar uno- dijo Ivalee con una tímida sonrisa.

-Yo también- murmuro Oskar, claramente más despierto de lo que anteriormente había parecido.

-Bien- dijo Urías. **-Cuenta tu sangrienta historia.**

Los niños se reunieron a su alrededor. Lalique todavía en el medio de todos con Oskar a su lado. Challis y Vesper se colocaron enfrente con Ivalee entre ellas.

Vivyen metió la mano dentro de su vestido y sacó el libro. Estaba más arrugado que antes, sus hojas estaban viejas y amarillentas. No tenía ni idea de cuantos años podía tener el libro, Alivia le había guiñado un ojo cuando le pregunto por ello.

-¿Cómo se llama la historia?- pregunto Challis.

-Sí, ¿cuál es el título de la historia?- se hizo eco su gemelo.

-No sé- dijo Vivyen, hojeando las páginas. **-Nunca escojo una historia por el título, sólo busco una que quiera ser leída.**

-No seas estúpida- dijo Urías. **-Las historias no quieres ser leídas. No son más que palabras en una página.**

-Por supuesto que quieren ser leídas- dijo Vivyen. **-¿Cuál es el propósito de una historia si nadie la lee?**

Urías no respondió y siguió paseándose con los brazos apretados contra su pecho, pero Vivyen vio que él estaba esperando que ella empezara. Recorrió rápidamente las páginas hasta que el libro se abrió por la imagen de un hombre barrigudo. No tenía ropa y todo el mundo se reía de él.

-Esta es muy buena- dijo Vivyen y les conto toda la historia, iba sobre un emperador bobalicón, al que convencieron dos estafadores de que habían creado una prenda mágica, que solo las personas de aguda inteligencia podían ver. Los estúpidos y los carentes de imaginación serían incapaces de apreciar su belleza y majestad, por asociación, tampoco la del propio emperador. Por supuesto, todos los cortesanos del emperador, que no deseaban pasar por estúpidos, afirmaron que la nueva ropa de su amo era de una belleza más allá de lo imaginable.

Por lo tanto, el emperador se exhibió ante sus súbditos, luciendo su nueva ropa. El pueblo, que ya se había escuchado el reclamo de los estafadores, también aplaudió al emperador desnudo y le aclamaron por su elegancia.

Todo iba bien hasta que un niño pequeño reunió el valor suficiente para hablar y gritó que el emperador no llevaba nada de ropa encima. Y el hechizo, pues eso es lo que era, se rompió y la multitud aulló de risa mientras el emperador huía a su castillo con la cara enrojecida por la vergüenza.

Vivyen terminó la historia, los ojos reenfocándose cuando los levantó de la página. Sintió como si las palabras se reorganizaran así mismas en la página. A veces lo hacían.

Los rostros que la rodeaban sonreían ahora con más fuerza y Vivyen les sonrío, contenta de haberles dado algo de esperanza y de coraje. Incluso Urías parecía menos enojado, más desafiante. **-Otra-** dijo Verper, aplaudiendo.

-Sí, lee una más- añadió Challis.

-Okey- dijo Vivyen.

-¿Qué es 'Okey'?- preguntó Lalique.

-Es una palabra antigua que Alivia solía decirme - dijo Vivyen. **-De alguna manera significa sí, pero a veces puede significar que las cosas no están tan mal o que van a mejorar.**

Oskar se puso en pie cuando la puerta se abrió, los puños apretados a su lado. El corazón de Vivyen saltó, imaginando a Alivia apareciendo allí con su pistola de plata con esa serpiente blanca grabada en el metal.

El humo se rizaría en el cañón y ella lo amartillaría diciendo a Vivyen que, okey, que las cosas iban a salir bien.

Pero no era Alivia, era un hombre con una larga túnica blanca. Como las mujeres que habían venido antes, él había sido mutilado. Su piel estaba llena de cicatrices, tenía un ojo quemado y sus labios eran de un malsano púrpura. Llevaba un sucio cuchillo que goteaba algo amarillento.

Los niños gritaron y se amontonaron en un rincón de la habitación. Gemían y lloraban mientras el hombre paseaba su único ojo sobre ellos, como un comprador en un mercado de carne. Incluso la ira de Urías se desvaneció en una cara de tremendo terror.

-Tu- dijo señalando a Vivyen. **-Ven ahora.**

Vivyen negó con la cabeza, demasiado asustada para hablar.

-Ahora.

-No- dijo Vivyen, recordando la valentía del niño pequeño de la historia que acababa de leer.

-Voy a hacerte daño- prometió, levantando el cuchillo.

-Vas a hacerte daño nuevamente- dijo Vivyen. **-Tú me cortaras con el cuchillo, lo sé, pero antes te clavare mis uñas en tu último ojo.**

El hombre consideró sus palabras, luego sonrió.

-Me sorprendería que no lo hicieras- dijo.

Vivyen quiso sacar todo el aire de sus pulmones en un solo aliento explosivo. El alivio se convirtió en horror cuando vio que el hombre no estaba admitiendo su derrota, que sólo iba a coger a otro. Dio tres zancadas y agarró el escuálido brazo de Challis, sacándola del acurrucado grupo de niños.

- ¡No!- gritó Urías. **-¡No!**

El muchacho se arrojo contra el hombre. Urías era grande para su edad, pero todavía era un niño contra un hombre adulto. El cuchillo cortó la carne y Urías cayó aullando de dolor.

La sangre manaba de su hombro y los niños gritaron al verlo.

-¿Tu no quiere ir? Muy bien, me quedare con ésta en tu lugar.

Arrastró a Challis fuera de la habitación y cerró la puerta tras él, dejando a los seis niños restantes hundidos en su desgracia. Vesper cayó al suelo, llorando y gritando por la pérdida de su hermana gemela. Oskar y Lalique se arrodillaran con Urías con sus rostros llenos de lágrimas. Ivalee se quedó en silencio, como si no comprendiera lo que sucedía.

Vivyen se sintió como si el cuchillo del hombre la hubiera apuñalado a ella en el estomago. Miro la forma en la que lloraba Vesper y la culpa cayó sobre ella con el peso del plomo.

Miró el libro, pero las palabras no tenían ningún sentido.

No tenían ningún consuelo que ofrecerle, no ahora.

-Por favor, Alivia-, sollozó Vivyen. **-Por favor, ayúdanos.**

Los pies de Alivia colgaban un metro sobre la cubierta. El marine espacial había agarrado su cuello con un puño y la muñeca de la mano que empuñaba la pistola con el otro. Podía romper cualquiera de los dos en un instante.

-Esto duele- dijo, mientras sangraba por el costado del cráneo que la bala había arañado.

-**Se suponía que debía matarte-** jadeó Alivia.

-Eres rápida, te concedo eso, pero Yasu ha sido el sido el único mortal que tiene el crédito de haber visto mi sangre. Incluso Loken falló el tiro.

-¿Quien?

-Otro hijo de Cthonia.

-Otro traidor.

Severian suspiró como si estuviera decepcionado.

-En otra vida, te habría matado y estaría ya a medio kilómetro de distancia- dijo. **-Pero ahora lucho al lado de los Ángeles y un comportamiento, que era tan natural en mí como el respirar, estaría mal visto.**

Severian aumento ligeramente la presión. **-Así que dime ¿quién eres tú? ¿Quién eres realmente?**

Los ojos de Alivia se hincharon por la presión.

-Alivia- dijo entre jadeos. **-Alivia Sureka, estoy buscando a mi hija.**

Ella sintió su incredulidad, tan palpable como el frío o el dolor. Al igual que sentía la verdad y un nuevo propósito en sus huesos, con un nuevo ajuste rozando contra los viejos instintos.

Severian se inclinó, su barbuda cara tatuada se acerco a milímetros de la de ella y la olfateó como si se tratara de un animal. Sacudió la cabeza y sus fríos ojos se movieron hasta su plano vientre.

-Tú no eres madre- dijo. **-Esa matriz es tan estéril como la superficie de Cthonia.**

Alivia parpadeó sorprendida, ahora podía ver que había algo más allá del salvajismo que los tatuajes de pandillero asesino sugerían, una mente ágil, la paciencia del depredador y el instinto integral de un cazador. Aleado con una presencia psíquica completamente diferente a las mentes embotadas a martillazos que poseían algunas de las legiones.

-Mi hija adoptiva- dijo ella, resistiendo la tentación de dar a sus palabras un empujón psíquico. El interior de la mente de Severian era una trampa de acero, con irregulares bordes a la espera de cerrarse.

Alivia bajo el cañón del 'Serpenta' y relajó su agarre, dejando que la pistola colgara de su dedo índice por la guarda del gatillo.

-Buena chica- dijo Severian, mientras la bajaba y arrancaba el arma de su mano.

-Quiero que me la devuelvas- dijo Alivia, masajeando su magullado cuello.

-¿Para que puedas dispararme otra vez?

-No voy a dispararte, Severian- dijo.

-Tienes razón, no lo harás.

-No te voy a disparar porque vas a ayudarme.

Severian se rió. **-Algo me dice que no eres el tipo de persona que normalmente necesita ayuda.**

-Es cierto, pero ahora quiero que me ayudes.

-¿Por qué?

-Porque los dos respondemos ante el mismo Señor.

Los ojos de Severian se estrecharon y ella sintió como la reevaluaba. Sus instintos le decían que había en ella mucho más de lo que apreciaba a simple vista. Y que era peligrosa. Había pensado que simplemente era rápida, pero ahora sabía que había algo más. No sabía lo que era. ¿Cómo podría? Pero tenía curiosidad.

Y para alguien como Severian, eso era suficiente. **-¿Así que vamos a buscar a tu hija?-** dijo.

Alivia asintió.

-¿Cómo sabes que, simplemente, no se ha perdido?

-Porque él me lo dijo- dijo Alivia. **-Él la rapto anoche y creo que no fuera la primera. Si encontramos donde se esconden esos monstruos, seguro que hay más niños.**

Se arrodilló sobre el cadáver y le escupió en la cara. **-Me habría llevado directamente hasta ellos si no lo hubieses matado.**

Severian se encogió de hombros y se arrodillo junto al cadáver. Giró en su mano la cabeza del muerto. Los rasgos flojos ya no estaban curvados en un rictus similar a una sonrisa burlona. La sangre aún goteaba por sus morados labios.

-¿Qué es?- dijo Alivia. **-¿Alguna forma de hipoxia crónica?**

-Tal vez, pero lo dudo- dijo Severian, inclinándose sobre el hombre, como si estuviera a punto de besarle. Alivia hizo una mueca cuando la lengua del legionario lamio los labios del hombre muerto. Severian lo degusto en su boca antes de escupir contra la pared la saliva contaminada. Humeaba mientras se deslizaba hacia abajo por el panel de acero.

-¿Qué es?- pregunto Alivia. **-¿Un narcótico?**

-Sí y uno muy potente. Una mezcla de ciertos hongos del centeno con veneno destilado de serpiente- dijo Severian.

-¿Eso ayudará a rastrear de dónde venía?

-Podría- dijo Severian. **-Hay una manera más rápida, pero no te gustará.**

-Si me ayuda a encontrar a Vivyen, me gustara.

-De acuerdo, pero te advierto que es desagradable.

El puño de Severian se clavo hacía abajo, los dedos extendidos como una cuchilla. Golpeó el costado de la cabeza del muerto, dividiendo el hueso con precisión milimétrica. Severian abrió sus dedos, haciendo palanca para abrir la bóveda del cráneo y exponer el tejido rosa grisáceo del interior. Arrojó a un lado el hueso cubierto de pelo y hundió sus dedos en la carne húmeda y flexible del cerebro.

Alivia sabía lo que vendría a continuación, se trataba de una costumbre bárbara, con milenios de antigüedad, resucitada por la ciencia y que ahora funcionaba como los guerreros antiguos creían que funcionaría. Ese había sido siempre su don, injertar un nuevo propósito a las costumbres marciales doblegándolas a su voluntad.

Ella se obligó a no mirar hacia otro lado cuando Severian recogió un puñado de la gelatinosa materia cerebral. Él la olió, reacio ante el olor y la textura.

-¿Qué?- dijo, al ver su sorpresa. **-Es algo que podemos hacer, pero ¿de verdad crees que nos gusta? Las cosas que vemos, nunca desaparecen. Jamás.**

-Por favor- dijo Alivia. **-Si existiera alguna otra manera…**

Severian suspiró y cerró los ojos, empujando la carne del cerebro dentro de su boca. La mastico durante un minuto antes de tragarla finalmente.

Sus ojos se abrieron de golpe, pero estaban vidriosos y desenfocados, como un opiáceo demoniaco o un falso profeta en estado de trance. Tenía la boca floja y Alivia sintió que una nausea subía por su garganta al ver bocados ensangrentados clavados entre sus dientes.

-¿Severian?

Se dobló y vomitó sobre la cubierta. Alivia se tapó la boca y la nariz ante el intenso olor a amoniaco que escupió Severian y se limpió la boca con el dorso de su mano.

-¿Has visto dónde están?- pregunto.

Severian asintió y agarró su gladius con empuñadura dorada. Alivia vio su empuñadura de marfil trabajada con el número de compañía en azul cobalto rodeado por una corona de flores. Una hoja de la XIII Legión.

-Sí, los vi.

Alivia noto un nudo en su garganta. **-¿Está viva Vivyen?**

-Sí.

El alivio la inundo, seguido rápidamente por más angustia, debido a la brevedad de la respuesta de Severian.

-¿Está sufriendo? ¿Está muy mal?

-Es peor de lo que te imaginas- dijo Severian. **-Es la disformidad.**

Hasta la revelación del 'Naga Blanco', Shargali-Shi había visto el sufrimiento como algo que lo sufrían otros. Había evitado el dolor, disponiendo siempre de los compuestos más exóticos para embotar sus sentidos con su bálsamo de fuego.

Las revelaciones de los dioses serpiente le habían cambiado de muchas maneras diferentes y profundas, pero la principal de ellas era un apetito por sensaciones cada vez más extremas. No había degradación que pudiera ser demasiado degradante, no había dolor lo suficientemente sublime, ni violación lo suficientemente grosera, ni nada más allá de todas las costumbres civilizadas a lo que renunciar. Había transcendido todas las limitaciones de la carne mortal,

mezclando la tecnología de los sacristanes con la alquimia de la carne de las serpientes.

En su secreta sabiduría, las serpientes poseían las llaves de la inmortalidad. ¿Qué otras especies podrían mudar la piel y seguir viviendo?

Sus venenos era fluidos sagrados, que abrían la mente a reinos de la percepción que sólo los locos conocían, cada gota de veneno arrancada impartía brochazos de conocimiento sobre el reino de la muerte.

Su amada Lyx lo había sabido.

Sus traiciones habían mutilado a su primer marido, un hombre cuya sangre estaba llena de odio, forjando venenos de una letalidad y belleza aterradoras. Su lujuria, le había conseguido a su último marido, a un sinfín de Caballeros de Batalla y los recursos de todo un planeta.

Pero Lyx estaba muerta y el Señor de la Guerra se había quedado con Molech como premio. Había maldecido a Horus Lupercal hasta que el '*Iluminación de Molech*' se sumergió en el empíreo y el plan de los dioses serpiente se hizo evidente.

Shargali-Shi iba a ser su profeta de la destrucción, la espada que llevaría la venenosa semilla a Terra y envenenaría la fuente del corazón del Imperio.

Caliente y húmeda como una selva tropical, la humedad llenaba la arqueada cámara en la que había establecido su 'Casa de las Serpientes'. Caía de las reticuladas vigas del techo y brillaba sobre los corroídos pilares. Exudaba de los cientos de cuerpos retorciéndose ante ella con extremidades entrelazadas.

Vigilando los deleites lujuriosos de la carne, había media docena de Thallaxii, blindados guardias cibernéticos con cabezas sin rasgos, acero bruñido que encerraba los restos agonizantes de sistemas nerviosos extirpados. Una vez fueron unidos a la casa Devine, ahora servían a los dioses serpiente, arcos eléctricos de color esmeralda jugaban a través de los colmillos de sus armas de energía. Si escuchaba lo suficiente, podía oír los gritos lunáticos de los Thallaxii dentro de sus prisiones blindadas.

Shargali-shi colgaba suspendido por encima de todo, sus esqueléticos miembros extendidos como los de un dios antiguo crucificado. Su carne era del matiz de la

vitela descompuesta, adhiriéndose a sus gastados miembros y a huesos reducidos a una viscosa gelatina. Alzado en lo alto como un grotesco títere, colgaba sobre cables conectados a ruidosas poleas y a ganchos de púas que extendían su pálida piel en aletas hechas jirones. La bolsa de una matriz sin salida traslúcida extraída de su abdomen hinchado cuyo contenido se movía nerviosamente con ondulados movimientos.

Su rostro era una cúpula ovoide con mandíbulas distendidas y dientes torcidos de los que goteaban venenos. Cegado por cataratas lechosas, su prodigiosamente mente veía todo y lo mantuvo cuando las leyes de la naturaleza intentaron reclamar su atormentada carne.

Conocía la agonía con cada silbante respiración, pero aceptaba el dolor, lo transformaba en un acto de devoción hacia los poderes que habitaban en la noche. El 'Naga Blanco' le había enseñado como utilizar ese dolor, interiorizándolo para llegar más allá del velo, al reino donde habitaban los dioses serpiente.

Introducido por hombres influyente esclavizados por su culto, de forma clandestina en la nave de guerra durante los últimos días de la batalla por Molech, Shargali-Shi se había acercado cada vez más a sus dioses. A medida que la nave surcaba las mareas del océano inmaterial, escuchó sus secretos silbantes con cada suspiro de sumisión, cada grito de felicidad, cada estertor ahogado en sangre.

El momento propicio se acercaba. El movimiento en el tenso vientre sin salida creció frenéticamente cuando la vida de su interior percibió la inminencia de su nacimiento.

-Sí, hijo mío- siseó Shargali-Shi. **-Los 'Seis Elegidos' serán tuyos y el 'Naga Blanco' reclamará su envenenada carne. Tendría que esculpir nuevamente sus formas para que pudiera soportar el resplandor de su divina forma.**

Severian la condujo más profundamente en su pesadilla, hacia las entrañas de la nave de guerra, mientras seguía los astillados recuerdos arrancados del cráneo de un hombre muerto. Un mapa inexacto, que les hizo tomar muchos desvíos equivocados y que les hizo volver hacia atrás con frecuencia. Alivia trataba de no mostrar su frustración, sabiendo lo que le había costado comer la carne de un alma corrompida.

Las profundas cubiertas de mantenimiento eran un lugar a temer, incluso en una nave tan ilustre como la '*Iluminación de Molech*'.

En este lugar es donde se había hundido toda la escoria.

Bandas de mugrientos 'Scav-tech' (jerga que define tanto a vagabundos de lo más miserable como a acosadores escolares, nt) y de ratas de sentina acechaban todos sus pasos, pero el miedo a Severian mantenía a raya incluso a los posibles atacantes más desesperados.

Sólo por eso, ya se alegraba Alivia de su presencia.

Profundizaron más y más, cruzando en silencio cubiertas por donde merodeaban servidores estropeados, repetían mecánicamente funciones rituales que ya no podían llevar a cabo. Circunvalaron bóvedas selladas, donde la letal radiación desgastaba lenta e infatigablemente las protecciones. Cubrieron sus oídos mientras atravesaban templos máquina abandonados, donde el corrupto código aún burbujeaba herejías de la Vieja Noche.

Alivia mantenía el control de la 'Serpenta Ferlach', su dedo acariciando el gatillo y con el seguro quitado.

-¿Realmente fue Theresia Ferlach quien fabrico la pistola?- pregunto Severian.

-Sí, lo hizo- dijo Alivia, decidida a cortar con lo que sabía que se avecinaba. **-Y sí, eso fue hace ciento ochenta y siete años.**

Severian se lo tomó con calma. **-Así pues, tienes más de doscientos años.**

-Efectivamente- respondió Alivia.

-Pero supongo, que eso, ni siquiera se acerca a la verdad.

-No lo hace, pero ¿realmente quiere saberlo?

-No, mantén tus secretos- dijo Severian. **-La galaxia es más interesante de esta manera.**

A pesar de lo extraño de la situación, Alivia se vio alentando a Severian.

-Entonces… ¿Qué hace que uno de los hijos del Señor de la Guerra termine… Cómo dijiste… ¿Del lado de los Ángeles? ¿Y en una armadura sin marca alguna?

Severian no respondió, cuando Alivia pensaba que ya no iba a hacerlo lo hizo. -**Había un eclesiarca en la vieja Terra, una vez dijo “La traición, es sólo cuestión de fechas”.**

-¿Qué significa eso?

-Cuando los Lobos Lunares debían decidir algo, era costumbre que lo echáramos a suertes- dijo Severian. **-Para el mando de una punta de lanza, la composición de una guardia de honor y cosas por el estilo. Cuando llego el momento de que Horus Lupercal enviara a un guerrero de la Cruzada a unirse al contingente de Terra, salió mi nombre.**

-¿No querías ir?

-¿Tú qué piensas?- dijo Severian. **-¿Salirme de la Gran Cruzada? ¿A sentarme en algún palacio dorado durante la toma de decisiones de la mayor guerra que la humanidad ha librado jamás? Por supuesto que no quería ir, pero ¿qué otra opción tenía? Mi Primarca me había dado una orden, tenía que obedecer.**

Alivia sintió el temor creciendo dentro de ella, la relevancia de la cita del eclesiarca muerto, tanto tiempo atrás, se le hizo evidente.

-**Dime-** dijo Severian. **-¿Has visto alguna vez a Horus Lupercal?**

Alivia asintió con rigidez. **-Lo conocí una vez-** dijo ella, mientras un tembloroso suspiro escapaba de su memoria.

Las cuchillas malditas del Señor de la Guerra cizallando su columna y destrozando sus costillas. La sangre fluyendo hacia afuera sobre la puerta negra. Sus últimas palabras a su…

-No deberías poner tu fe en los santos…

-Entonces sabrás que es casi imposible rechazarlo- continuó Severian. **-El Pequeño Horus Aximand dijo una vez “La única manera de acordarse de lo que uno iba a decir, era mirar fijamente los pies de Lupercal. Pues mirar a sus ojos, significaba quedarse totalmente en blanco.”**

Severian hizo una pausa antes de continuar, como si evaluara el coste de la trayectoria de la vida que había llevado.

-Yo no estaba allí cuando mis hermanos de la decimosexta se rebelaron, pero siempre he pensado que hubiera pasado, si hubiera estado allí…

-¿Qué?- pregunto Alivia, cuando no continuó. **-Qué serias ¿uno de ellos?**

-No, que tal vez, hubiera podido detenerlo- dijo Severian. **-Entonces veo a Loken y creo que probablemente no fuera ese el caso.**

Severian gruñó, un sonido que era mitad angustia, mitad diversión sobre la broma cósmica que él universo le había jugado.

-Me preguntas que cómo llegué a estar del lado de los Ángeles. Pura suerte.

-Eso no es cierto Severian- dijo Alivia con una clarividencia que no procedía de sus habilidades, venia del dolor de las palabras de Severian. **-Y tú lo sabes. Viniste a Molech para detener al Señor de la Guerra. ¿No?**

-Yo nunca puse un pie en Molech- dijo Severian.

-¿Entonces por qué estás aquí?

El Lobo Lunar sacudió la cabeza. **-Como he dicho, la galaxia es un lugar más interesante si se conserva alguno de los secretos que hay en la misma.**

Acurrucados en la esquina más alejada de la puerta de la cámara frigorífica, los seis asustados niños se aferraban a los últimos jirones de la historia de coraje que Vivyen les había narrado.

Vivyen creía que Urías aún vivía, aunque no lo sabía a ciencia cierta. Había notado que sus parpados no se movían desde hace mucho tiempo, a pesar de haber oído de gente muerta, que a veces, se movía e incluso eructaba tiempo después de haber muerto, así que tal vez, esto no significara nada.

Oskar y Lalique habían atado un trozo de tela alrededor de los hombros del niño. Estaba empapada en sangre y su piel era blanca, como la de un fantasma.

-¿Por qué nos hacen esto?- dijo Ivalee por centésima vez. **-¿Qué hicimos mal?**

-Nada- dijo Lalique. **-Nosotros no hicimos nada.**

-Entonces… ¿Por qué nos están haciendo daño? Debemos haber hecho algo.

Lalique no tenía respuesta para la joven y Vivyen odiaba más que nunca a los hombres que les habían raptado. Incluso, si conseguían de alguna manera, lograr escapar de esta celda, el daño ya estaba hecho. La inocencia de Ivalee había sido arrancada y reemplazada por un retorcido sentido de culpabilidad por lo que les estaba sucediendo.

-Esto no es por tu culpa- dijo Vivyen, tratando de imitar el mismo tono que Alivia utilizaba cuando quería que algo la quedara muy claro. **-No es por ninguna falta que hayamos cometido. Mama me dijo que algunas personas se rompen por dentro y que eso les hace hacer cosas malas. Es como una enfermedad, o algo así. Cuando la gente mala hace cosas que nos dañan, les tenemos que culpar a ellos. Incluso si ellos no empezaron mal, lo que nos están haciendo está mal, así que quiero que recuerdes que nada de esto es culpa nuestra.**

-Entonces ¿por qué nos hacen esto?- dijo Vesper con la cara hinchada por las lágrimas. **-¿Por qué se llevaron a mi hermana? Ellos la están haciendo daño ahora mismo, puedo sentirlo.**

-No lo sé- dijo Vivyen, sacando el libro de su vestido. **-Aquí hay una historia sobre un espejo malvado que fue roto en pequeños fragmentos y cuando alguien se ponía un trocito de ese vidrio en su ojo o en el corazón, sólo podía ver las cosas malas y sentir cosas malas.**

-¿Crees que esos hombres tienen vidrio en sus ojos y corazones?

Vivyen sintió que las lágrimas luchaban por salir de sus ojos.

-Creo que así es.

Lalique se mordió el labio inferior y le dijo. **-¿Hay alguna anécdota sobre la gente mala que obtiene lo que se merece?**

-En realidad no es esa clase de libro- dijo Vivyen, hojeando sus arrugadas páginas.

-¿Qué es eso?- pregunto Oskar. **-Se ve muy feroz.**

Vivyen miró el libro, abriendo mucho los ojos ante el grabado en xilografía. Leyó el nombre debajo de la imagen y frunció las cejas con asombro. **-No he visto eso antes, pero parece como…**

Antes de que pudiera decir nada más, la puerta de la celda se abrió de golpe y entraron seis figuras con túnicas blancas. Una para cada niño. Al igual que él que había cogido a Challis, su piel estaba quemada y sus labios estaban teñidos en purpura.

Vesper e Ivalee les gritaron. Oskar puso sus brazos alrededor de Urías mientras que Lalique se puso en pie a su lado con los puños cerrados. Vivyen gritó cuando el primer hombre en entrar en la cámara frigorífica se echo rápidamente a Lalique sobre sus hombros con la facilidad de alguien acostumbrado a soportar pesos muertos. Un segundo hombre agarró a Oskar, que aullaba y arañaba como un derviche. Un tercero arrastro el cuerpo herido de Urías y una mujer de ojos penetrantes e inyectados en sangre cogió a Ivalee de la mano. La chica no hizo ningún sonido cuando se la llevaban.

Vesper grito cuando un hombre la levanto, mientras que el que había cogido a Challis avanzó sobre Vivyen.

Retrocedió al rincón de la sala, sosteniendo el libro contra su pecho. Antes había tenido miedo a ese hombre, pero ya no. Lo odiaba, pero su miedo había desaparecido, desplazado por la fe ciega de que alguien que ella conocía, iba a arriesgarlo todo para salvarla.

-¿Vas a tratar de hacerme daño, muchacha?- preguntó. La saliva se escurría por las comisuras de sus labios y tenía los ojos veteados por hilos de color rosa.

-No- dijo Vivyen. **-Yo no, pero sé quién te lo hará.**

-¿Ah, sí?- dijo el hombre. **-¿Quién va a ser?**

-Ella lo hará- dijo Vivyen, extendiendo su libro y dejándole ver la imagen de una mujer con una enorme pistola con una serpiente blanca encrespada alrededor del cañón.

-¿'Madame Serpiente Fantasma'?- dijo el hombre, leyendo el titulo.

-Mi mama- dijo Vivyen.

En lo más profundo de la nave, el aire tenía una textura química gruesa y pesada, con el olor de cuerpos sin lavar, aceites sucios y metal caliente. Alivia se sentía asfixiada ante el hedor pero Severian no parecía afectado.

La temperatura había disminuido notablemente durante los últimos treinta minutos más o menos.

-Estamos cerca de las planchas del casco ventral, dañado durante la guerra en el vacío por Molech- dijo Severian, como si se arrancara los pensamientos superficiales de su mente. Tal vez era eso.

-Un buen lugar para esconderse- dijo Alivia.

-No lo suficiente- dijo Severian.

-¿Estamos cerca?

-Mejor que cerca- dijo Severian, llevándose un dedo a los labios. **-Ya estamos aquí.**

Él la empujó contra la pared, en un hueco que ni siquiera había visto que estuviera allí y se puso delante de ella. Dos hombres se acercaron a través de las sombras, cada una con el cañón perforado de un Stubber (Ametralladora, nt) sujeto ligeramente sobre el pecho.

Ordinario, sucio, un arma de proyectiles sólidos, algo simple y ruidoso.

Tanto un medio de advertencia como un arma. Al igual que el hombre al que Severian había matado anteriormente, tenían los labios teñidos de purpura y Alivia capto el astringente olor a potentes narcóticos.

Los hombres llegaron a su altura. Se giraron hacia el Lobo Lunar, mirándolo directamente, pero, de alguna manera, no lo vieron.

-Aquí mismo- susurró Severian.

La boca del hombre se abrió por la sorpresa.

La espada de Severian le atravesó. Giró la hoja hacia arriba y convirtió el cerebro de su víctima en papilla. Con el cuerpo colgando como si fuera un pez, salió de las sombras y envolvió sus dedos alrededor del cuello del otro hombre.

Un apretón demoledor y un crujido de huesos. Cabeza y cuerpo se separaron. El segundo hombre cayó como un bulto chorreante cuando Severian utilizo la hoja incrustada para lanzar al primer muerto fuera del pasillo, dejándolo caer fuera de la vista.

-Esconde a ese- dijo Severian, señalando con la cabeza hacia los restos del segundo hombre.

-¿En serio?- dijo Alivia. **-Hay sangre por todas partes. No creo que importe mucho que lo escondamos o no.**

Severian levanto la vista mientras limpiaba la hoja en las ropas del muerto. Grandes chorretones de sangre en forma de arco pintaban las paredes, goteando también del curvo techo.

-Es la fuerza de la costumbre, no ir dejando cadáveres a la vista tras mi paso- dijo de pie envainando su espada. **-En pocos minutos dará lo mismo.**

-¿Cómo pudo no verte?- pregunto Alivia, siguiendo a Severian a lo largo de numerosos giros y vueltas del corredor. Próximos al final de su viaje, el mapa del difunto estaba creciendo y haciéndose más preciso.

-¿Severian?- dijo. **-¿Cómo es que no te vio?**

Él se encogió de hombros y ella noto su falta de voluntad para entrar en detalles más precisos.

-Es un talento que tengo- dijo Severian, haciendo una pausa al pie de una escalera de acceso parcialmente bloqueada por escombros y retorcidas estructuras metálicas. **-Probablemente fue la única razón por la que Malcador logro impedir que Dorn que me matara.**

-¿Dorn, Rogal Dorn?

-¿Conoces a alguna otra persona con ese nombre?

-No.

-Pues ahí lo tienes- dijo Severian, subiendo la escalera con una agilidad sobrenatural. Una niebla caliente se derramaba desde arriba, húmeda y cargada con

un extraño perfume que dio a Alivia ganas de vomitar. Parecido al jarabe y la miel, pero endulzada hasta un punto empalagoso y enfermizo.

Severian tenía tres veces su volumen, sin embargo, subió la telaraña de barras de refuerzo y vidrios rotos con una facilidad que escapaba al entendimiento de Alivia. Sus respuestas transversales simplemente generaron un centenar de preguntas más, pero este no era el momento de hacerlas. En cambio, ella siguió al Lobo Lunar, tratando de pisar donde él pisaba, moviéndose como él se movía. Levanto una barra de refuerzo acabada en un gancho, probando su peso como un garrote. Lo suficiente ligero para girarlo, lo suficientemente pesado como para matar cualquier cosa que golpeara.

El hueco de la escalera los llevó a una gran pasarela de paso, un entresuelo lleno de cajas de embalaje rotas y trozos sueltos de tela. Por la escala de las estructuras metálicas superiores, eso era, claramente, una cámara de cierto tamaño. Gigantescas tuberías siseantes se entrelazaban en el techo como enredaderas selváticas. Lluvia caliente rociaba cada superficie y Alivia escupió una bocanada de agua salobre, agua con sabor a hierro.

Columnas de brillante humedad se elevaban como gigantescos troncos de árboles, muros de refuerzo angulados hacia el interior formaban la parte inferior de una bóveda escalonada. Alivia no era carpintera y no tenía ni idea del propósito al que pudiera estar destinado semejante espacio.

-Es una cámara de ventilación para el sistema de refrigeración del plasma- dijo Severian.

-Deja de hacer eso- le espetó Alivia.

-¿Hacer qué?

-Leer los pensamientos de mi mente.

-Es difícil no hacerlo- dijo.

Alivia tragó una bocanada de aire caliente y metálico, tratando de calmarse. Su miedo por el estado de Vivyen llameaba dentro de ella como un faro. No era de extrañar que Severian estuviera oyendo sus pensamientos.

Paneles de ondulada chapa, ancladas a las barandillas del entresuelo, mantenían la cámara oculta a la vista. Voces silbantes flotaban en el aire, un mantra seductor que ocultaba el tipo de corrupción que ofrece la ruta más fácil a la condenación.

-Tenías razón- susurró. **-Es la disformidad.**

Se arrastro hacia la barandilla y Alivia apretó la cara contra las placas de acero caliente y húmedo. A través de un hueco en el metal corrugado, vio una cámara que justificaba más que de sobra las dos primeras palabras que saltaron en su mente.

Un templo.

Varios cientos de personas llenaban el espacio inferior, algunos con ropajes blancos, otros desnudos. Varios fuegos ardían en amplias vasijas colocadas en lo alto y sujetas con cadenas, el humo dibujaba serpentinos patrones en el aire. Una explanada frente a una no muy alta plataforma había sido despejada, la plataforma con forma hexagonal estaba compuesta de cajas metálicas, se parecía demasiado a un altar para el gusto de Alivia y estaba fijado en el centro.

Barrió la multitud con su mirada, en busca de alguna señal de Vivyen.

-¿La ves?- preguntó Severian.

Ella negó con la cabeza. **–No y no sé si eso es bueno o no.**

-Sólo hay una manera de averiguarlo.

-¿Bajar ahí?

Él asintió con la cabeza

-Ahí abajo hay cientos de personas- dijo Alivia.

-Nada que no pueda manejar.

-¿Qué pasa con ellos?- dijo Alivia, señalando los servidores cibernéticos que vigilaban desde el borde de la cámara. Tal altos como Severian, todos ellos estaban bien armados y blindados.

-Thallaxii- dijo Severian. **-¿Por qué tenían que ser Thallaxii?**

Alivia dejo de mirar a los cantantes suplicantes y a los asesinos cibernéticos cuando vio movimiento en el extremo de la cámara. El aliento de Alivia quedo atrapado en su garganta y ella ahogó un grito cuando vio emerger a seis figuras de la oscuridad, cada uno llevaba un niño que se revolvía.

-Vivyen- dijo.

-¿Cual?

-La chica de atrás.

-Uno de ellos está herido- dijo Severian.

Un niño, de no más de catorce años, con un vendaje empapado atado alrededor de su hombro. Alivia deseó tener más balas. Cada hombre y mujer de esta cámara merecían morir por lo que estaban haciendo allí.

Los niños lloraban cuando sus captores les colocaron sobre las cajas y los ataron con cadenas alrededor del cuello. Vivyen no estaba luchando, pero Alivia vio su postura desafiante, una fuerza que ni siquiera había comenzado a sospechar que la chica pudiera poseer.

-¿Qué diablos es eso?- pregunto Severian, entrecerrando los ojos cuando algo suspendido por una horrible disposición de cables y cadenas se sacudió en el aire.

-¡Trono!- silbó el Lobo Lunar cuando, para su asombro, la figura esquelética salió a la luz. Como la hambrienta víctima del experimento de un loco, el cuerpo desnudo se crispaba como la marioneta de un titiritero paralítico. Su cuerpo suspendido estaba demacrado y devastado por las toxinas, el cráneo era una cúpula casi descarnada. Ojos ciegos por las cataratas y una estirada sonrisa, una amplia boca pintada de morado como la de un teatral payaso de pesadilla.

Los niños gritaron cuando lo vieron, tirando frenéticamente de las cadenas que los amarraban al altar. A pesar de la atrofiada y ruinosa forma de la figura, claramente era un hombre. La mirada de Alivia se dirigió hacia los movimientos ondulantes del vientre sin salida que se extendía desde sus abdomen. Una bolsa de carne traslucida en la que se retorcía alguna abominación nonata. Se separó de su esquelético anfitrión y aterrizó en el centro del altar entre los horrorizados gritos de los niños.

Alivia apretó aun más la empuñadura de su pistola y la barra de hierro.

Los dedos de Severian se flexionaron sobre la empuñadura de su gladius mientras captaba el miedo de ella. Se volvió para mirarla directamente a los ojos.

-No digas eso- dijo ella. **-No te atrevas a decirlo.**

-Si eso es lo que tú piensas que es- dijo, sin disculparse por leer el pensamiento de ella. **-No podemos dejar que suceda.**

-Lo sé- dijo Alivia con un sollozo ahogado. **-Pero…**

-Pero nada. Si no podemos salvarla, la mataremos. Pero lo haremos nosotros, no ellos.

Alivia encontró la mirada de Severian y el hielo en sus ojos era un espejo de su propia mirada.

-Vamos a rescatar a esos niños- dijo Alivia. **-Y si dañas un solo pelo de la cabeza de mi hija, te mato.**

-Ella no es tu hija- dijo Severian. **-Nunca lo fue.**

-Sí que lo es- dijo Alivia. **-Todos lo son ¿No lo entiendes? Todos son mis hijos.**

La ira de Vivyen había mantenido lo peor de su miedo a raya, pero la vista del monstruo encima de ellos había destruido los últimos jirones de su valentía. La bolsa de piel había caído, se había retorcido, subido y bajado sobre las cajas apiladas, un animal chillaba dentro del goteante saco amniótico.

Ivalee chilló y tiro de la su cadena, hiriendo su cuello contra los ásperos bordes de la misma. Oskar se arrodilló sobre Urías, con las manos cruzadas delante de él, repitiendo la misma frase una y otra vez: **-¡El Emperador protege! ¡El Emperador protege!**

Lalique estaba acurrucada formando un lloroso ovillo. Vesper simplemente se quedo mirando a la palpitante y chillante cosa con una mirada de resignación.

La cosa se retorció, dio un salto y se convulsionó, deseoso de rasgar su camino hacia el mundo. El colgante cadáver de carne miro con sus blancos ojos muertos y una sonrisa lasciva en su boca manchada de purpura.

Un par de colmillos con forma de aguja, perforó desde dentro el saco amniótico, rasgándolo.

-¡Por favor, mama!- exclamó Vivyen. **-¡Por favor, ayúdanos!**

Finalmente el saco se abrió cuando la cosa de dentro forzó su salida. Un chorro de líquido amniótico sangriento brotó violentamente de su interior, cayendo en medio de ellos.

Los primeros disparos de Severian hicieron estallar la cabeza de uno de los Thallaxii. Dos proyectiles impactaron a través de la articulación del cuello y la cabeza. Una ráfaga de tres disparos rompió por la articulación de la cadera a otro y lanzo a uno más contra el suelo.

Alivia no tenía la suficiente confianza en su habilidad con el 'Serpenta' como para arriesgarse a disparar a esa distancia. Ella saltó por encima de la barandilla y cayó sobre la multitud entre el pánico de los participantes.

Ella aterrizó y rodo sobre el suelo, golpeando las piernas de los participantes mientras procuraba tirarles al suelo bajo ella. Pateó y se abrió camino a base de codazos mientras golpeaba con el cañón de su pistola las caras sin protección y golpeaba con la barra de hierro el hueso blando sobre las orejas.

Alivia escucho el estruendo de las explosiones apagadas de la pistola bolter de Severian. El impacto de los proyectiles explosivos contra el blindaje. Chirriantes voces en binario y los chasquidos parpadeantes de las armas de energía.

Ella no podía perder el tiempo mirando a Severian.

Lunáticos vestidos con túnicas se lanzaron contra ella, pero no desperdicio las balas con ellos. Se abrió paso con la barra de hierro que había cogido en la escalera, huesos de cráneos, brazos y piernas se astillaban con cada golpe.

Dejó tras de sí un reguero de cuerpos aullantes. Con su arma extendida delante de ella y con la barra de hierro en alto, la gente luchaba por apartarse de su camino en lugar de intentar detenerla.

Ella vio el altar y la sangre, el caos que el nacimiento había creado sobre él.

-Trono, no…- dijo.

Severian no tenía reparos en utilizar escudos humanos. Estas personas habían perdido su derecho a vivir al formar parte de todo esto, así que sí morían a sus

manos o por las explosiones de las armas de energía de los Thallaxii, era algo completamente irrelevante.

Se abrió paso entre la multitud, matando a cualquiera que fuera lo suficientemente estúpido como para no salir de sus camino. Algunos hombres lo atacaron, como si realmente creyeran que podían hacerle daño. Estaba haciendo un favor al universo matándolos antes de que por su estupidez muriera cualquier otra persona.

El gladius de dorado brillo que pertenecía a Proximo Tarchon, tenía un filo como de un arma fotónica, más agudo y afilado de lo que cualquier armero vivo que él conociera pudiera conseguir.

Lástima que tuviera que devolverlo.

La afirmación de Severian de que cientos de personas no eran una amenaza para él, no era simple jactancia. Encerrado en su servoarmadura y forjado con los genes mejorados del Emperador para ser la cumbre de los asesinos, se trataba simplemente de un hecho.

La sangre le salpicaba hasta la cintura.

Perdió la cuenta de cuántos había matado. Docenas. Posiblemente muchos más. No era suficiente.

Cogió a tres hombres y los lanzó contra el Thallaxii más cercano. Chocaron contra su armadura de acero, pero él esperaba otra cosa. El chasquido de un rayo convirtió sus cuerpos en llamas y cenizas.

Severian se dejó caer y se deslizo por el suelo, chocando contra el cibernético. Un transhumano blindado era más que suficiente para ponerlo de espaldas. El hibrido de máquina y carne cayó al suelo, pero un Thallaxii no era un simple robot con una serie de lentos comandos y paquetes de doctrinas. Tenía una mente viva en su corazón, reflejos activos unidos a sus grupos musculares.

Rodó con rapidez sobre una rodilla, elevando su arma. Severian incrusto el gladius a través de la crepitante recámara y metió su pistola entre los anillos entrelazados de su gola.

Tres disparos estallaron dentro del caparazón blindado en rápida sucesión. El resto de vida dentro del mismo murió un momento más tarde. Salto en torno a su cuerpo cuando un relámpago de luz explotó en el lugar que antes ocupaba.

El Thallaxii cayó a su lado y Severian vio inmediatamente a los tres cibernéticos restantes.

Acercándose. Pero demasiado lejos para luchar juntos.

-Tú eres más inteligente de lo que pareces- dijo Severian.

-El Thallaxii se abrió paso a golpes entre la aterrorizada multitud, los que eran demasiado lentos para salir de su camino eran aplastados por sus pies.

-Pero no lo suficientemente inteligente.

Las tres granadas que él había plantado a su paso explotaron.

Vivyen gritó cuando el retorcido desastre resbaladizo estalló en medio de ellos. Rojo por la sangre y mucosidad pegajosa, silbó y se retorció con el dolor del nacimiento. Una serpiente rugosa con escamas iridiscentes, un cráneo alargado que era una vil mezcla de anatomía zorruna y reptil.

Su cabeza se dividió en cuatro segmentos en forma de cuña, cada uno lleno de largos colmillos retorcidos que brillaban por el veneno. Sus llorosos ojos parecían ampollas, con vetas color rojo y amarillo.

Vivyen y los otros se alejaron de él cuanto les permitieron sus ataduras. Gritaron y tiraron de sus cadenas, hiriendo sus palmas contra el metal. La cabeza de la serpiente se lanzó hacia abajo y mordió el hombro herido de Urías. Glándulas de su cuello se hincharon y el niño medio muerto se convulsiono cuando el veneno fue bombeado en su carne. Manchas púrpuras se extendieron como tinta en el agua a través de su piel y espumarajos de una bilis apestosa salieron de su boca. Azotando a su alrededor, los colmillos de la serpiente se cerraron sobre la pierna de Oskar y el niño aulló de dolor mientras la mordedura lo envenenaba.

A su alrededor oía el griterío de la gente y ensordecedoras explosiones.

Pero la serpiente ignoró el alboroto soltando a Oskar, convirtió su cráneo otra vez en cuatro trozos y se lanzó hacia Vesper, mordiéndola dos veces, una en el brazo y otra en el cuello.

Lalique murió a su lado, intentando proteger a Ivalee del ataque del monstruo. Ella aulló mientras el veneno se la llevaba y la bestia serpiente descendía sobre Ivalee.

Vivyen cerró los ojos, pero no oyó los gritos lastimeros de la niña acallados por los gritos de la multitud…

Los ojos de Vivyen se abrieron de golpe.

Aquellos aterrorizados gritos, eran los suyos.

La gente corría mientras crepitantes relámpagos estallaban por toda la cámara formando arcos entre las gigantescas columnas y vigas. Ella alcanzó a ver a un gigante gris con la armadura chamuscada cuando arrojaba hacía lo alto a un robot con un solo brazo. Ella lo perdió de vista cuando la serpiente letal se encabrito delante de ella con su sangrienta garganta abierta.

-¡Por favor, no!- exclamo, cuando la tenía delante.

Una mano se movió y agarro a la serpiente alrededor de su cuello, sus colmillos se cerraron a un pelo de distancia de la niña.

Furiosa, se retorció y mordió el brazo de la salvadora de Vivyen.

Alivia estrelló su cabeza contra una de las cajas que formaban el altar.

El monstruo se retorció, azotando su cola como un látigo.

Alivia apretó el cañón de su ‘Serpenta Ferlach’ contra el cráneo de la serpiente y apretó el gatillo.

Su cabeza explotó en un mar de sangre y huesos.

-Tú no vas a hacer daño mi hija- dijo.

El dolor era increíble, nada que Alivia hubiera sentido en toda su larga vida. Recorrió todo su cuerpo como una descarga eléctrica al rojo vivo, quemando su sistema nervioso a su paso. Su inhumano metabolismo, numinoso y casi inmortal, lucho contra el beso de la serpiente, un veneno nacido del fuego cósmico.

Los sonidos de los gritos y los disparos se desvanecieron.

Todo se volvió gris y los músculos de sus piernas se convulsionaron mientras su sinapsis se disparaba locamente. Ella se aferro a las cajas, arcadas de ardiente bilis brotaban de sus intestinos.

-¡Mama!- gritó una voz a su lado.

Ella levantó la vista, pero sólo atino a ver una sombra borrosa. Ella conocía la voz, pero no podía ubicarla.

-¿Rebekah? ¿Eres tú?- jadeó, tenía la sensación de que su garganta estaba cerrada. **-¿Milcah?**

-Soy yo, mama. Vivyen.

Alivia asintió y un chorro de vómito negro púrpura brotó de ella. Su pecho se movía como el fuelle de una forja, sin embargo, más veneno fue expulsado, una avalancha de arcadas y vómitos que se derramó sobre las cajas.

Alivia parpadeó con lagrimas en los ojos cuando escucho formarse repugnantes fisuras y el sonido de la carne húmeda al separarse de los huesos. Ella dejó escapar el aliento, rancio por la necrosis. Estaba más débil de lo que jamás recordara, apenas podía mantener el control sobre el 'Serpenta'.

Alivia pasó un brazo alrededor de Vivyen, su carne envenenada era una abigarrada e hinchada masa de color púrpura y amarillo. Mantuvo a su hija firmemente segura contra su pecho, dándole la espalda al horror desplegado sobre el altar.

Los niños envenenados estaban cambiando.

Rehechos por un escultor invisible.

Transformados.

Hinchados por toxinas inmateriales, sus cuerpos se dividieron y agrietaron, sacudidos con un vigor nada natural hacia un diseño invisible. El empíreo impartiendo su renovada ambición de carne, de carne fluyendo, derretida hasta el hueso, fusionada en una nueva y profana unión.

Una segunda venida, un nacimiento inmaculado de pesadilla.

Creció rápidamente, la escultura en carne muerta era a la vez maravillosa y repulsiva; miembros gráciles que llevan suave carne en tonos marfil y malva.

Brillante y suave, con garras y ojos felinos, con cuernos, pero hermoso. Su lengua húmeda prometía alturas de placer y tormentos insospechados en la misma medida, un súcubo criado en el seno de una raza moribunda, engendrada por prohibidos deseos.

Un demonio.

Y sin embargo, estaba sin acabar, un trabajo en progreso, su metamorfosis incompleta. Se dirigió cojeando hacia Alivia, una pierna demasiado delgada, su carne y hueso sólo rehecha y formada a medias. Se acerco a ella con garras quitinosas de ébano enrojecido.

Alivia levantó el 'Serpenta' y apretó el gatillo.

Sus balas atravesaron al demonio recién nacido, tallando radiantes surcos a través de su cuerpo. Gritó, tanto de placer como de dolor. Un icor fosforescente y brillante se derramo de las heridas, sin embargo seguía acercándose, moviéndose de manera balbuceante, con dolor, aún sin terminar.

Sus ojos negros prometían una muerte de éxtasis.

-Su carne me fue prometida- dijo. **-Dámela.**

El percutor del 'Serpenta' golpeo contra una recamara vacía.

-¿La quieres?- dijo Alivia. **–Toma la mía. Es tuya.**

Severian retorció el ardiente brazo del Thallaxii alrededor de su peto segmentado. El fuego crepitaba a lo largo del mismo. La cosa de dentro estaba luchando duro, incluso con un solo brazo no se daba por vencido.

La cosa estrelló un hombro contra Severian y él aprovecho el golpe, cayendo y rodando, tirando del cibernético hacia atrás. El Thallaxii cayó y Severian retorció su brazo hacia atrás. El metal se dobló y se partió cayendo al suelo.

Severian se levantó sobre una rodilla y metió el extremo acampanado del cañón en el casco del Thallaxii. Una columna ardiente de luz engulló el casco cónico. Se deshizo como cera caliente e hirvientes y apestosos líquidos amnióticos brotaron a chorros.

Bajo la agrietada visera, un descarnado cráneo gritó.

Encerrado en un casco de bronce, con los cables fundidos y picos neuronales invasivos taladrando sus huesos, el Thallaxii sufrió un espasmo final cuando su vida terminó.

Severian se aparto, repugnado ante tal visión.

Sus sentidos sobre posibles amenazas le decían que ya no quedaba nada con vida que pudiera perjudicarle.

Los Thallaxii habían sido destruidos, al igual que los pocos mortales que habían sido lo suficientemente estúpidos como para enfrentarse a él. Severian se volvió hacia el lugar donde se había dirigido Alivia.

Y vio que estaba equivocado.

Aun había algo que todavía podría hacerle daño.

El demonio había reclamado a Alivia.

Las garras se habían clavado profundamente y ella sintió el material forjado por la disformidad sangrando cosas dentro de ella.

Su unión fue una con el dolor, pero también había una promesa.

Los poderes de los poseídos eran innumerables y la tentación de ejercerlos quemaba en el pecho de Alivia. Pese a toda la astucia utilizada en la creación de los de su clase, ninguno de ellos estaba por encima de esos tratos, ni por encima de la ambición mortal o de los deseos físicos.

Pese a todo lo dicho y hecho, ellos seguían siendo humanos.

Pero Alivia se había convertido en mucho más que eso.

Ella era una madre.

Alivia dejo entrar al demonio, dejo que su esencia la consumiera.

Luego cerró la puerta tras él.

-No hay salida- dijo.

Severian caminó lentamente hacia el improvisado altar, una espada en cada mano. Alivia flotó junto al condenado arquitecto de esta matanza, pero allí donde las cadenas sujetaban a la blanca y blanda forma, Alivia no necesitaba nada tan prosaico para permanecer en el aire.

Su contorno vacilo en el aire, como los negativos de dos pictografías idénticas ligeramente desincronizadas que trataran de realinearse. Dos seres luchaban por ocupar un solo cuerpo.

Al igual que el cadáver de Seghar Targost a bordo del 'Espíritu Vengativo', Alivia Sureka era ahora el anfitrión de una bestia de la disformidad.

Pero estaba luchando contra ella.

Severian vio una súplica tras sus ojos, una inquietud bajo su piel numinosa que amenazaba con estallar en cualquier momento.

-Aléjate. De. Ella.

Las palabras fueron forzadas a salir tras los apretados dientes.

En ese instante, Severian entendió realmente lo que estaba viendo. La batalla dentro de Alivia no era porque ella se aferrara a su humanidad.

Era la cosa que luchaba por salir.

Ella vio su comprensión y asintió con la cabeza.

Severian inclinó su espalda y se dio un cuarto de vuelta.

Su brazo derecho se movió bruscamente hacia adelante y el gladius de Proximo Tarchon giró por el aire, enterrándose en el corazón de Alivia.

La joven a la que había venido a salvar gritó, llamándola por su nombre, como si eso pudiera de alguna manera traerla de vuelta.

Alivia cayó sobre el altar con un cuerpo de humo oscuro pariendo desde su carne. Su conexión con la disformidad estaba rota, los restos del demonio reclamaron el alma viva más cercana para soportar su forma.

Pero el alma putrefacta era singularmente incapaz de recibirlo.

El cuerpo de Shargali-Shi se hincho cuando el demonio excavo cada vez más profundamente dentro de él, arrastrando su carne por la fuerza para que coincidiera con su necesidad.

Lo único que encontró fue una cáscara hueca, vacía e inútil.

Él sintió su dolor cuando el universo material se preparo para expulsar al demonio.

Shargali-Shi sólo podía llorar su desesperación mientras se convulsionaba en sus cadenas, sacudiéndose como una cosa hecha enteramente de huesos rotos. Las agonizantes geometrías del demonio le estaban tirando en un centenar de direcciones a la vez.

Tenía la piel como la de un ajustador tambor, extendida hasta los límites de su tolerancia, su boca se convirtió en un hueco distendido cuando cartílago y tendones se rasgaron bruscamente por el gladius de Severian.

Luego su cuerpo se rompió, liberando a su cautivo interior y sus fragmentos dispersos fueron incinerados por el fuego de la disformidad que su muerte había desatado.

Alivia abrió los ojos, la mirada fija en una serie de cadenas colgadas del alto techo abovedado que oscilaban suavemente. Motas de luz mortecina se aferraban a ellas, derivando lentamente hacia el suelo, como las brasas de un fuego moribundo.

Ella gimió de dolor. Le dolía el pecho.

Le dolía todo su maltrecho y herido cuerpo.

La cabeza de Vivyen fue a hundirse en el hueco de su clavícula y Alivia sintió la humedad de lágrimas calientes sobre su piel. Vivyen estaba viva.

Y eso hizo que todo el dolor del mundo valiera la pena.

-¿Vivyen?- pregunto Alivia.

-Mama- fue la única respuesta de Vivyen. **-Sabía que vendrías. El relato del libro me lo dijo, pero yo ya lo sabía.**

-¿El relato?

-'Madame Serpiente Fantasma'- dijo Vivyen.

-¿Quién?

-Un nombre tan bueno como cualquier otro, para alguien que debería estar muerta- dijo Severian.

Alivia se obligó a incorporarse sobre un codo.

El Lobo Lunar se sentó en el borde de las cajas, limpiando la sangre del gladius que había lanzado. Alivia se estremeció al revivir el dolor que la produjo cuando se clavo a través de su esternón hasta su corazón. Ella miró por encima de su hombro. Aparte de ellos tres, la cámara estaba vacía.

-Fue un buen lanzamiento- dijo.

-¿Por qué no estás muerta?- pregunto Severian. **-La serpiente te mordió y sé que te partí el corazón.**

-Pensé que habías dicho que el mundo era más interesante si algunos secretos continuaban en él- dijo Alivia.

Severian sonrió y la ofreció una mano. **-Es cierto. Muy bien, Alivia Sureka, conserva tus secretos por ahora, pero Malcador va a querer escucharte.**

Alivia tomó la mano de Severian, no quería amargar el momento con lo poco que la importaban las necesidades del Sigilita. Se obligo a sentarse en el suelo. Su cuerpo había sido traumatizado y dañado a todos los niveles, física, mental y espiritualmente. Había abusado de él, más allá, de lo jamás hubiera pensado que pudiera y había conseguido sobrevivir.

Su mano se deslizó sobre su pecho, sintiendo el corte limpio en el tejido donde el gladius de Severian había penetrado. Allí había una cicatriz que anteriormente no estaba, pero eso no era nada comparado con las cicatrices en su psique. Durante años, ella se despertaría gritando, tal vez fuera para siempre, pero, por ahora, mantuvo ese horror a raya. Vivyen la necesitaba fuerte.

Las pesadillas podían esperar.

-Ya te dije que esa arma había derramado sangre potente- dijo ella.

-Sí, lo hizo.

Alivia barrió la cámara con su mirada.

-¿Están todos muertos?

-Lo estarán- prometió Severian.

-Entonces, nos vamos a casa Vivyen- dijo Alivia.

FIN DEL RELATO